

empresa. El país no respondía; el enemigo recibía sin cesar nuevos refuerzos, mientras ellos no tenían de donde llenar los huecos causados en sus filas; llevaban perdidos más de diez mil hombres; número no menor de enfermos llenaban los hospitales improvisados, y el abastecimiento de las tropas era más inseguro á medida que se acercaba el invierno. El ocho de Octubre, á propuesta del Consejo de guerra, se firmó una tregua con el general francés, para efectuar el reembarco de las tropas, quedando burladas por este lado las esperanzas de los aliados.

No le cogió de nuevas este funesto desenlace al archiduque Carlos, que nunca había creído en el éxito de la expedición, y seguía preocupado por la suerte de las tropas aliadas de Suiza. No se apartaba de su mente el pensamiento, de que su marcha antes de la llegada de Suwarow ponía en grave peligro los intereses de la coalición. Así lo escribió al Emperador el cuatro de Septiembre, y lo comunicó también sin ambages, á Wickham, encargado de negocios de Inglaterra. Firme en su deseo de volver lo más pronto posible al Alto Rhin, dejó veinticuatro mil hombres detrás de la Selva Negra, y se adelantó con veintidós mil hacia Manheim. No bien divisaron á las avanzadas austriacas, los franceses repasaron el río, dejando en Manheim cuatro mil hombres al mando del general La Roche. Los austriacos tomaron la aldea de Neckarau, rompieron los puentes del Rhin y penetraron en la ciudad, cuyos defensores murieron ó cayeron prisioneros. Brillante hecho de armas, pero estéril para la marcha general de la guerra. A los diez días de esto, llegaron al Archiduque de Suiza noticias funestas, mucho peores que las que se temía y que paralizaron su actividad. ¿Qué había sido ello?

La carta del Archiduque á Suwarow notificándole su salida de Suiza, aterró é indignó al general ruso. Jamás pudo éste pensar que se tomase determinación tan grave sin consultar su parecer. Necesitado de descargar su pecho, escribió el tres de Septiembre al ministro Rostopchin: «¿Cómo Thugut, esa ave nocturna, ese escribiente de cancillería, así ciñese la espada de Scanderberg, puede, desde su tenebroso nido, mandar un ejército y dirigir los acontecimientos siempre renovados de una campaña? Cuando comenzaba yo á reparar las pérdidas causadas por su sistema, me hace aplastar por Francia, sirviéndose para ello arteramente del archiduque Carlos.» El cuatro, otra carta, más minuciosa aún, al Emperador Pablo, repitiendo sus quejas por la insaciable codicia del Austria, por la repugnante indiferencia del emperador Francisco con las tropas rusas y por la grosera conducta de los oficiales austriacos para con sus aliados. «No puedo comprender, añadía, la conducta de la corte de Viena, cuando reflexiono que un signo del Czar llamando á las tropas rusas bastaría para desbaratar todos los planes de la orgullosa Austria.» Decidió partir el ocho de Septiembre, por el camino de San Gotardo. El cinco, dirigió una circular á los generales Korsakow, Hotze y el austriaco Lincken, anunciándoles que el diez y siete estaría en Airolo, al pie del monte, cuyo paso deberían facilitarle atacando al enemigo

por todos los puntos: Lincken y Hotze, adelantándose por entre los lagos Zug y Zurich; Korsakow, pasando el Limmat, y que la unión de todos los cuerpos se efectuaría en la margen derecha del bajo Reuss. Según este plan, la posición principal de Massena, entre el Limmat y el Reuss, sufriría simultáneamente el ataque, por delante, de Korsakow; por el flanco, de Hotze; por detrás, de Suwarow, los cuales se reunirían en el mismo teatro de la victoria. Esta operación era semejante á la del general Mack en la batalla de Turcoing, á la de Carnot contra Coburgo, á la de Wurmser contra Bonaparte y á la de Moreau contra el propio Suwarow, todas las cuales habían fracasado por la misma causa, por haber batido el enemigo, uno tras otro, á los diversos cuerpos de ejército distanciados entre sí. Pues este peligro era más inminente en el plan de Suwarow que en ninguno de los citados, por los mayores obstáculos en que habría de tropezar cada uno de los cuerpos para llegar el día señalado al sitio del combate. El siete, volvió el contrariado general á escribir al Czar dos largas cartas: en la una, repetía una vez más sus consabidas quejas y expresaba el temor de no salir airoso en la próxima campaña, por faltarle el concurso de las tropas austriacas; en la segunda, después de darle las gracias por las mercedes que le había otorgado con motivo de la batalla de Novi, le enviaba, «en el dolor de su alma», la muy humilde oración de llamarle á su patria, bendita de Dios. «Estoy acostumbrado, decía, á sobrellevar con desprecio las ofensas personales; pero cuando un gabinete aliado y colmado de beneficios atenta villanamente á la dignidad de mi soberano y de las victoriosas tropas que me ha confiado, considero un deber el volver á mi pacífica patria». La partida se retrasó dos días, no efectuándose hasta el diez. No siendo posible hallar en el San Gotardo provisiones para veinticinco mil hombres, Suwarow había encargado al general Melas que el quince le tuviese preparados en Taverna mil cuatrocientos mulos, con los cuales transportar víveres para siete días. Ni un solo mulo halló, lo que le detuvo cinco preciosas jornadas, descargando su malhumor en maldiciones contra las torpes medidas de los austriacos. «Nos engañan, escribía á Pablo, con promesas equívocas y ofensivas; este plazo proporciona al enemigo el medio de ponernos en situación peligrosísima». Al fin, el veintiuno por la mañana, día triste y lluvioso, empezó la ascensión del San Gotardo.

El antiguo y famoso camino de Italia á Suiza sigue, primero, el valle del Tesino; luego, á una hora arriba de Ayrolo, el del Tremola, por escarpada pendiente, y, después de muchos rodeos, conduce, en la cresta del pico, á una pequeña hospedería, fundada y sostenida por frailes capuchinos. De aquí, el camino descende por el Reuss, que nace no lejos de la hospedería, por terreno pedregoso y sin vegetación, hasta desembocar en la verde pradera de Urseren. En este punto se bifurca, yendo un ramal al Oeste, al valle del Rhódano, y continuando el otro por el del Reuss, cuyas aguas corren en este trayecto entre rocas altas y enhiestas, de suerte que el camino, no hallando espacio á cielo abierto, se

mete por el largo túnel llamado Agujero de Uri; atraviesa luego el puente del Diablo, tendido sobre una hendidura de cincuenta pies de profundidad; vuelve á cruzar varias veces el río, hasta que, cerca de Amsteg, más ancho el valle y menos áspera la pendiente, se torna poco á poco expedito y fácil, yendo á morir en la capital del cantón de Uri, Aldorf. Ocupaban el San Gotardo, desde el quince de Agosto, los franceses, al mando del general Lecourbe, soldado cumplido, resuelto, inquebrantable, fecundo en expedientes, caso de apuro, temerario sin igual, caso de peligro, y que tenía por divisa «Adelante siempre». Sus tropas conocían el país palmo á palmo, y habían aprendido á trepar por las escarpadas rocas, caminar sobre la nieve y andar con paso seguro por el borde de los precipicios. Comprendiendo Suwarow que fracasaría si se limitaba á atacar de frente, envió delante á Rosenberg, para que, dando un rodeo, cogiese á los franceses por detrás en el trayecto más peligroso del camino. En Dacio, á donde llegó el veintitrés por la noche, dividió sus fuerzas, separando una columna, á las órdenes del príncipe Bragratiun, que debería trepar como pudiese por los vericuetos de la derecha del camino y cortar la retirada á los franceses. Desde el veinticuatro, los combates se sucedieron sin cesar y siempre con el mismo resultado. A cada vuelta del camino, de detrás de las rocas lanzaban los franceses mortífero fuego; los rusos acometían á la bayoneta, y retrocedían los otros, para volver á la carga unos centenares de pasos más lejos. A las cuatro llegó Suwarow á la hospedería, donde dió unos momentos de descanso á las tropas, y en seguida emprendió la bajada. Lecourbe se había situado cerca de Hospenthal; Rosenberg, efectuando felizmente su movimiento envolvente, llegó á las seis de la tarde á la aldea de Urseren, cortando la retirada al francés. Cogido entre dos fuegos, Lecourbe trepó con sus ágiles soldados en oscura noche por la empinada montaña del Petzberg, de cerca de ocho mil pies de alta, ganó la vertiente opuesta y, dejando dos batallones en el puente del Diablo, marchó con los otros contra Auffenberg, que amenazaba el valle de la Madera y Amsteg. El veinticinco de Septiembre fue el día más duro para los rusos, que necesitaron realizar milagros de valor y de ingenio para pasar el Agujero de Uri y el puente del Diablo. El veintiséis llegaron á Amsteg. El San Gotardo se había pasado, y se había pasado victoriosamente, sin haber perdido más que unos mil dcientos hombres, entre muertos y heridos, y con un solo día de retraso. Se estaba en el lago de Lucerna, á dos leguas solamente de Schwitz, punto señalado en las últimas instrucciones para la reunión de todos los cuerpos de ejército. Pero faltaba el trago más fuerte, la marcha desde Altdorf á Schwitz y el Muttenthal, por el Rostock, y que emprendieron la mañana del veintisiete. El camino se estrechaba á medida que ascendía, serpenteaba por ásperos vericuetos, sobre un suelo de humedecida y resbaladiza roca, donde cada paso en falso era una caída mortal, y la última cima estaba cubierta de una capa de nieve de varios pies. Por aquel quebrado y peligrosísimo sendero habían de pasar no solamente los hombres, mas también los caballos, las bestias cargadas

de víveres y los cañones. Los soldados marcharon uno tras otro, penosamente, formando inmensa fila, cuya cabeza llegaba á Schwitz y seguían todavía inmóviles en Altdorf los últimos batallones y parte de los equipajes. Dejemos á estos bravos en la prosecución de su temeraria empresa, y veamos qué era de los demás cuerpos de ejército.

Korsakow había cometido la imprudencia de repartir sus veintisiete mil hombres en varios puntos, y en la misma falta había incurrido el general austriaco Hotze. El uno y el otro recibieron el veintiuno las últimas instrucciones de Suwarow, según las cuales ambos deberían hallarse el veintiséis en Schwitz, ordenándose á Korsakow atacar de frente, en el ínterin, la posición de Massena en Albis. Este, no bien recibió de París la noticia de la caída de Bernadotte, tomó con la mayor energía las medidas para aplastar al enemigo disperso. A la cabeza de treinta y nueve mil hombres marchó contra Korsakow, y envió contra Hotze al general Soult, con once mil, cuyo ataque secundaría Molitor, con su brigada de seis mil hombres. Massena dispuso su operación con inteligencia. Mientras él, con diez y siete mil hombres, atacaría de frente á los rusos, el general Audinot, al frente de quince mil, pasaría el Limmat legua y media más arriba, torcería á derecha y les cortaría el único camino de retirada, y al mismo tiempo, la división Menard, con fuerza de siete mil hombres, entretendría, debajo del Dietikon, con falsas maniobras, los otros destacamentos rusos de observación. Todo esto se efectuó el quince con rara precisión. La derrota de Korsakow fué completa. Quedaron en poder de los franceses cinco mil prisioneros, diez banderas, veintiséis cañones, parte de la caja de guerra y cuatrocientos carros de municiones y bagajes. Análoga suerte corrían, casi á la misma hora, los austriacos en el Linth. Los franceses les atacaron por varios puntos á la vez, con energía y tenacidad. Desde el principio del combate, Hotze cayó muerto. Le reemplazó el general Petrasch, anciano y débil, el cual, viendo la mitad de sus hombres muertos, heridos ó prisioneros, se retiró desalentado el veintisiete de Septiembre á la margen derecha del Rin. Más afortunado el general Linken, copó un batallón francés, llegó el veintisiete cerca de Glaris, esperó aquí todo el veintiocho, y como no tuviese noticia de la proximidad de Suwarow, se retiró el treinta á Reinthal.

Tales fueron las tristes nuevas que el veintiocho sorprendieron á Suwarow en Mitten. El magnífico plan ideado para aplastar concéntricamente á Massena, estaba por tierra; en lugar de aliados prontos á secundarle, hallábase circuido de enemigos victoriosos, resueltos á impedirle salir de aquel laberinto de montañas. El veintinueve de Septiembre, cuando aun sus tropas seguían pasando el Rostock, convocó á consejo á todos los generales, excepto al austriaco Auffenberg. Empezó por una violenta acometida contra la política artera de la corte de Viena, á la que acusó de desleal y de traidora. «Ahora, exclamó, nos hallamos cercados por todas partes. Retroceder es vergonzoso; avanzar hacia Schwitz imposible; estamos á dos dedos de nuestra ruina. Sólo nos queda la confianza